



UN GRAN OPTIMISMO

—Aquí estoy, descalabrado, deshecho...

Luego ríe sanamente. Y sigue sonriendo con sus ojos claros, vivaces, penetrantes ¡y tan tristes!

De las paredes cuelgan algunos cuadros: cielos inmensos con lunas marchitas y esas comparsas de negros, agitados por la risa y el llanto.

Más allá fotografías: rostros de los nietos y la noble cabeza del hijo Juan Carlos.

—Ese sí, tenía talento. Fué mi gran camarada; pero se fué muy temprano...

Por largo rato se extiende en elogios enternecidos para el hijo, también pintor, a quién la muerte lo arrebató en plena primavera.

Pedro Figari, lejos de los suyos, vive solitario. O mejor: rodeado de sus cuadros que son una legión de criaturas vivas, y envuelto en recuerdos.

—La soledad es una grande y dulce compañera..., pero cuando el corazón urge voy hacia el afecto de los míos...

Frisa ya los 76 años. Pero el alma no ha envejecido. Y la juventud canta en su voz, en su empuje constructivo, en su mano que no tiembla al tomar el pincel y sobre todo en su corazón, que no ha olvidado la ciencia del sufrir y el secreto dulce del soñar.

Hombre atento y cordial como pocos, habla a torrentes, con simpática gracia y franqueza conquistadora. Va entregando así en cada párrafo un pedazo de su biografía: biografía que se pinta entre los opacos tonos del drama y los intensos celestes del ensueño.

LOS ESTUDIOS

—Pues... ¿mi primer maestro?... fué el bueno de Gofredo Somavilla. Me enseñó un poco de dibujo, luego algo de perspectiva..., éso fué todo.

Tenía entonces, Pedro Figari, veinte años. Cursaba sus estudios en la Facultad de Derecho.

—Aquello era solamente entretenimiento, como si en vez de perder tiempo en la rueda del café o jugando al billar, quisiera redimir el ocio con una noble faena espiritual.

Mas, muy pronto Figari, comprendió que aquello no era pasatiempo, sino la vocación fundamental de sus días.

EL PRIMER CUADRO

El continuaba pintando a escondidas, ocultando ante los amigos su culto y pasión artísticos.

Una vez, en el Bazar de Dionisio Aradas, expuso una de sus primeras telas con este seudónimo: Merlín.

—Sentía vergüenza y un gran temor de hacer el ridículo ante las gentes.

Pero aconteció una cosa muy curiosa: Dn. Mariano Ferreyra se enamoró de aquel cuadro y lo compró para regalarlo en el día de su casamiento a Samuel Blixen.

Figari concluye este episodio que pudo ser definitivo para su orientación pictórica:

—Mucho tiempo después, incidentalmente en casa de Blixen, me mostraron con grandes elogios mi acuarela preguntándome si no conocería yo aquel extraño artista..., y me costó un poco explicarles sus orígenes...

Esto sucedía en el 1910. Recién doce años más tarde, se descubriría ante América y por los ojos de París, nuestro autóctono, Pedro Figari.

EN LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS

—Tenía mi estudio de abogado, que me daba bastante trabajo; pero en mis horas libres continuaba haciendo lo que mis amigos llamaban: "macacos". En 1916, ocupando el puesto de abogado en el Banco de la República, el Presidente Viera me puso al frente de la Escuela de Artes y Oficios.

—Me convencieron que desde allí podía prestar algún buen servicio al país y fui contento, decidido a cooperar con todas mis fuerzas.

Por espacio de dos años ocupó Figari la dirección de aquel importante establecimiento al cual él dió impulso nuevo.

—Allí luché mucho; pero me hicieron sufrir más. Me combatían tenazmente. Decidí abandonar el puesto. Me encontré, entonces, con que mi clientela se me había dispersado; tenía seis hijos a mi alrededor, y aquella inclinación pictórica, que pocos aplaudían y de la cual nada en el orden práctico y económico podría esperar.

Aquel fué seguramente el minuto de la encrucijada para la personalidad del artista.

Entre los dos caminos decisivos para su destino debía escoger: volver al estudio o bien seguir pintando aquellos cartones absurdos entre la indiferencia, la hostilidad o dura censura del ambiente montevideano.

Pero Figari continuó, con esa misteriosa firmeza de los iluminados, el norte que le marcaba su estrella interior. Y no se equivocó: el foro perdió un elemento de vasta cultura, que había evidenciado su claro talento en libros y folletos; pero la pintura ganó a uno de sus más originales y encumbrados intérpretes.

LAS PRIMERAS EXPOSICIONES

Pedro Figari, con sus obras se marchó, allá por el año 1921, a Buenos Aires. La primera exposición tuvo lugar en la Galería Muller. Aquello fué, sorpresa, desconcierto, escándalo y revelación de un temperamento original.

—En el año 1922, invitado especialmente por la Comisión Nacional de Bellas Artes, realicé mi gran muestra. Fué aquella una de las más grandes satisfacciones de mi vida: la fiesta tuvo un sentido de consagración y sobre todo de gran estima y amistad, que me eran tan necesarios en aquellos momentos de abatimiento.

LUEGO, PARIS

A raíz de aquella gran exposición, Monsejur y el Visconde Lascanotegui, obligaron al artista a que les entregara algunos cuadros para llevar a París.

—Se llevaron ellos mismos sesenta obras, de las cuales se vendieron de inmediato cincuenta... Luego comenzaron a pedir insistentemente que me trasladara a Francia.

En el año 1925 Figari con los suyos se trasladó a la capital francesa donde permanecería por espacio de dos lustros. En torno a la pintura de este uruguayo sorpresivo se congregan las figuras más representativas de la intelectualidad contemporánea: pintores, poetas, críticos y músicos.

Aquellas telas son motivos de polémicas. Y se escribe en forma abundante y extraordinariamente elogiosa sobre su audaz autor. Pero Pedro Figari no se distrae entre los aplausos. Conciente de su misión, se ajusta severamente a duras disciplinas. Estudia y trabaja sin tregua desde la mañana hasta la noche, como perseguido siempre por los duros fantasmas de sus recuerdos.

—En París no descansé nunca. Estudiaba desde el amanecer hasta muy tarde...

Y tras una pausa termina el pensamiento amargo.

—No podía sustraerme al imperativo interior y además, el trabajo sirve —y allá me servía más—, para mitigar mis penas...

La ventana de su estudio de París —hermoso estudio que él evoca con palabra enternecida!— era como el signo de su vida. Siempre abierta hacia los cielos más claros y por las noches siempre iluminada decía de sus amargas vigiliadas, de sus desvelos incansables y de sus angustias sirrefrenables de comunicaciones altas. Porque aún no se ha explicado bien: la pintura de Figari, que es como una cosa de magia, debe florecer necesariamente, en la noche, bajo el amparo del ala del ángel y cuando la sangre aplaca sus voces.

LA PINTURA COMO CONFESION

En cierto momento de la conversación expresa:

—No me interesa lo real, lo objetivo, sino lo puramente subjetivo: lo que sentimos, pensamos, amamos y sobre todo sufrimos.

El pintor, pues, que es un pensador doblado de poeta, encarna en sus cuadros, lo que parece ser exclusividad del dominio de la poesía: el recuerdo y el ensueño. Y con una dignidad ejemplar, el artista jamás se ha movido de su línea plástica. Posee un tema —que es su feudo al cual entró como descubridor triunfante—; pero ese tema lo está continuamente recreando en variaciones de gracia insospechada, que tienen mucho de ritmos musicales. La pintura de Figari —por su sutil y bien intencionado costumbrismo— puede decirse historia y puede decirse leyenda; pero una leyenda y una historia interpretada por la sensibilidad e inteligencia de un artista, que tiene del mundo y sus habitantes presentes y pasados su característica visión. Con lo cual quiere decirse que las telas de Figari no ofrecen una visión remota del pasado: sino al alma del artista metido en el pasado y que a través del pasado se confiesa a sí mismo por medio de colores vigorosos y seguros. Este pintor no ha conquistado y adueñándose de las realidades de afuera, sino de las realidades interiores. Todas las telas se las ha arrancado a la sangre y al espíritu. Sus composiciones y personajes brotan del fondo de lo subconciente como una resultancia lógica y final de lo mucho estudiado a través de pacientes lecturas y de lo mucho soñado a través de las confidencias de los antiguos. Es una pintura, pues, que viene del alma y llega también al alma, más que a los ojos. Frente a cualquier cuadro de Figari, aún el más insignificante, lo que impresiona no es la geometría de los gestos, la alianza perdurable de los tonos, el equilibrio de los volúmenes, la anchura del aire que abraza a los personajes amontonados; sino esa cosa indefinida entre risueña y tristesísima que se desprende de toda la tela, y rebasando el goce puramente sensorial, golpea al alma, obligando a ésta a meditar, a pensar, y soñar; para luego entonces sonreír y entristecerse frente a esos negros —negros contradictorios éstos!— que lloran en el ritual de la danza o bien se ríen para adentro cuando marchan tambaleantes detrás de los muertos.

—El cuadro siempre —es trivial repetirlo, no?— es un ventanal abierto hacia el infinito. Yo trato con los míos de ir hacia las lejanías...

Y tiene razón el gran pintor compatriota! El es una fuerza cósmica. En torno a su pintura —pintura nacida en el corazón y arquitecturada en la frente—, gira una época y un universo. Universo del ensueño que solamente abre sus encantos para quien a igual del autor, se descalce los pies y se haga un par de ojos infantiles...

ERNESTO PINTO.

PEDRO FIGARI:

Una vida entre el drama y el ensueño.



Figari sorprendido en su taller frente a una de sus últimas telas.